

NOVELAS SOCIALES*

por Pablo Ansolabehere

Poco tiempo atrás, en una reunión de hispanoamericanos amantes de la literatura, un peruano residente en Boston preguntó a los escasos argentinos presentes sobre el mejor novelista argentino de la actualidad. “¡Aira!” fue la respuesta unánime y veloz. “¡Aira!”, volvieron a repetir ante la mención de posibles competidores que de ese modo quedaron rápidamente descartados. Más intimidado que convencido, el mismo peruano suspendió su lista de efímeros rivales y preguntó a sus interlocutores sobre la mejor novela de Aira. Esta vez no hubo respuesta unánime sino un entrecortado silencio seguido de algunos títulos propuestos sin demasiada convicción.

La anécdota parece probar en principio algo sobre lo que hace tiempo se viene insistiendo: la consagración de Aira. Lo que implica, en el caso de Aira o, más bien, en el de sus sostenedores, un triunfo frente al bando –numeroso, por cierto- de sus impugnadores. La consagración puede verificarse no en la desaparición de esos impugnadores, sino en su prudente silencio o en su falta de eco frente a la orgullosa imposición de las voces elogiosas que la increíble fecundidad editorial del autor ayuda a mantener en un perpetuo *forte* sostenido. En este punto debo aclarar que me sumo convencido al coro de reconocedores de Aira. Pero, volviendo a la anécdota, me sumo también a la duda sobre sus novelas, lo cual me lleva a concluir en algo que puede sonar paradójico: que *el consagrado es Aira, no sus novelas*; que a través de ellas Aira ha logrado merecidamente imponerse como el gran *novelista* de la actualidad, pero resulta difícil decidir cuál es su gran novela, cuál de sus más de treinta títulos (tal vez cuando se lea esto el número ya resulte escaso) está destinado a integrar la lista de las diez mejores novelas argentinas que alguna editorial o suplemento literario se encargará seguramente de hacer. Cuál es, para decirlo con ejemplos, el *Ulises* de Aira, cuál su *Adán Buenosayres*, su *Paradiso*, su *Zama*. Admito que la respuesta no resulta fácil y sé que no soy el único en dudar, pese a que más de uno dirá que puede responder sin vacilaciones. Esta falta de unanimidad o de consenso, creo, tiene que ver menos con la abundancia de la obra novelística de Aira que con sus características. Es decir, la duda no responde a la prudencia (“tendría que leer todo para contestar esa pregunta con conocimiento de causa”) sino al “efecto Aira”, que consiste en esa sensación de *moto perpetuo* que convierte a sus novelas en episodios de la misma risa asordada, lúcida e imaginativa. Es que Aira, a esta altura, no es el nombre de un autor sino de un género. Y una de las consecuencias de ese efecto es que no puedan comentarse cada una de sus novelas sin hacer referencia a la obra de Aira (al género). Esta reseña –como puede verse- no es la excepción.

La villa es la novela social de Aira. Ya desde el título nos informa de modo elocuente que la ficción va a ocuparse del sitio que condensa, dentro de la ciudad o en sus contornos, el costado más problemático y ominoso del orden social urbano. Esta elección, previsible en muchos autores, resulta, en el caso de Aira -tan criticado por la falta de todo lo que en general les sobra a las novelas sociales- un enigma (lo cual puede percibirse en la tapa, en la que el nombre del autor, en amarillo sobre fondo rojo, contrasta visiblemente con la foto en blanco y negro de un típico paisaje villero, donde

* César Aira, *La villa*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2001.

lo que está puesto en primer plano es ese cablerío intrincado y propio del lugar, clave, además, de la trama novelística).

Conviene aclarar que el lector de Aira puede leer *La villa* sin temor: hay en ella todos los ingredientes de lo mejor de Aira. La villa está perfectamente incorporada al género y sus convenciones, lo cual puede verificarse considerando los perímetros barriales de su ficción: la villa de la novela es la villa de Flores, del Flores de Aira. En este sentido la villa se transforma en el corazón del sistema ficcional de la novela, una especie de plasmación territorial de su teoría. La villa se presenta como un universo encantado donde todo desafío a las leyes que rigen el mundo real parece posible, y también una metáfora espacial de cómo piensa Aira funciona su poética de la novela: “un despliegue de creatividad caprichosa [...] construida sin método, sin centro ...”.

Sin embargo la villa no pierde ciertos rasgos propios cuya fuerza magnética evidentemente el autor reconoce y trata de aprovechar. El atractivo literario de la villa es similar, por un lado, al que desde el siglo XIX han generado en la literatura los “bajos fondos”; por otro, y en una tradición que funda la literatura argentina, la villa es, como el Matadero del Alto del relato de Echeverría, un territorio incrustado en el espacio de la ciudad, vedado a cierta clase social y en el que puede ocurrir cualquier cosa. Quizá por eso mismo la villa se va transformando, en cierto momento de nuestra historia, a la vez en un espacio execrable, de donde -se afirma- proviene el mal que se desparrama por la ciudad, y en una especie de objeto del deseo político, de una política social y revolucionaria que ve en la villa el lugar de la verdad.

Pero *La villa*, de Aira, se ubica, como aclara el narrador, en los años 90. La pobreza no ha cambiado, tampoco la esencia de sus construcciones endebles y las condiciones miserables de vida, pero sí pueden verificarse algunas modificaciones producto de los nuevos tiempos: la política revolucionaria ha dejado paso definitivo al tráfico de drogas, y los curas del tercer mundo, a pastores evangelistas y narcotraficantes.

Sin embargo, Aira no desaprovecha el contrapunto posible con los años 70; los incorpora, por ejemplo, en el uso –irónico, por cierto- de terminología marxista para describir a algunos personajes y su posición en el mundo (se habla de “clase”, se habla de “jóvenes burguesas”). O en la alusión a figuras emblemáticas del interés de los sectores “progresistas” por la villa: cómo no ver al padre Mujica en el pastor de *La villa* de Aira, que muere acribillado por las balas de un policía de civil; o a los jóvenes militantes interesados en ayudar a los villeros, transmutados en Maxi, el musculoso y adormilado protagonista que colabora con los cartoneros de la villa en el traslado del producto de su diaria labor.

La ironía, sin duda, es una de las formas de marcar la distancia entre los '70 y los '90 –aunque, a decir verdad, en este caso es la distancia temporal misma la que produce el efecto de distanciamiento irónico, y no al revés-. Pero, más allá de los cambios, la villa irradia un valor que es no sólo literario, sino también social: a pesar de ser el centro de operaciones de los narcos, a pesar de la ironía y la distancia, es allí donde la solidaridad –aún en los '90- es posible; es en esa especie de “rueda de la fortuna horizontal” donde la alianza entre el “pequeñoburgués” bienintencionado y los “pobres” se vuelve real.

Suerte de epílogo novelístico de la era menemista, *La villa*, de Aira, intenta hacer visible lo que sólo su miope protagonista parece ver: la existencia de cartoneros

en la ciudad burguesa: “La profesión de cartonero o ciruja se había venido instalando en la sociedad durante los últimos diez o quince años. A esa altura ya no llamaba la atención. Se habían hecho invisibles, porque se movían con discreción, casi furtivos, de noche (y sólo durante un rato), y sobre todo porque se abrigaban en un pliegue de la vida que en general la gente prefiere no ver”. Leída en 2003, es decir, después del corralito, los saqueos, la caída del presidente de la Rúa, la crisis política, el *default*, la incautación de depósitos, la devaluación, y la miseria generalizada; y sobre todo después de la proliferación visible de los cartoneros, después del tren blanco y la bolsita verde de la solidaridad (signo notorio de la aceptación a la vez resignada y tranquilizadora de esa visibilidad) la cita parece perderse –como toda la novela- en un anacronismo insalvable. Sin embargo creo que más bien habría que pensar en una suerte de clarividencia que desmiente la conocida miopía que afecta la visión de Aira. Novela social devenida novela de anticipación, *La villa* ha obrado el milagro, quizá por el efecto de sus luces intensas y cambiantes, de hacer visible a su manera lo que después fue –lo que ahora es- evidencia inocultable y espectáculo.